

**GREGORIO PECES-BARBA:
UN INTELLECTUAL CON VOCACIÓN POLÍTICA¹**

*GREGORIO PECES-BARBA:
AN INTELLECTUAL WITH POLITICAL VOCATION*

EUSEBIO FERNÁNDEZ GARCÍA
Universidad Carlos III de Madrid

No me resulta fácil hablar sobre Gregorio Peces-Barba con total objetividad, porque ello requiere un cierto distanciamiento, imposible en mi caso al confluir la triple condición de antiguo alumno, siempre discípulo, aunque de una manera un tanto heterodoxa, y la complicidad que da una amistad de casi cuarenta años, salpicada de algún no lejano incidente o contratiempo, que la afabilidad recíproca y el afecto común, ayudó en seguida a superar.

Alguien podría pensar, y creo que no estaría muy desencaminado, que precisamente debido a esos reparos en pro de la imparcialidad y a un superior conocimiento, posibilitado por la relación continua, se darían los requisitos básicos para producir un retrato suficientemente fiel y fiable. En él no se deberían escatimar los elogios y el reconocimiento de méritos, como tampoco se deberían ocultar los errores y defectos, puesto que de una personalidad notable y singular, que ha sido acompañada de una actividad pública imparable y variada, se puede sacar provecho, consejos, y enseñanzas útiles. Deseo subrayar esta pequeña reflexión porque los españoles, generalmente, a la hora de hacer recuentos biográficos solemos oscilar entre una patente cicatería, cuando no desconfianza o envidia, en el momento de admitir los logros de la persona en cuestión, mientras vive, y nos excedemos en elogios, al menos aparentes, al producirse su fallecimiento. Conviene, cuando se dan esas frecuentes situaciones, leer y aplicar aquel comentario que Michel de Montaigne realiza en sus Ensayos (III: 5, 822-3); “Nuestra vida es en parte estupidez, en parte sabiduría.

¹ Palabras pronunciadas en el Homenaje al Profesor Gregorio Peces-Barba que se organizó en el Aula Magna por la Universidad Carlos III de Madrid el 17 de octubre de 2012.

Quien quiera que escriba sobre ella sólo con reverencia y según las normas se deja fuera más de la mitad". Gregorio, lector y admirador del contenido de los Ensayos de Montaigne, suscribió con su actividad cotidiana este pensamiento. Aunque entre sus flaquezas se encontraba el ser presa de una vanidad un tanto adolescente e inofensiva, nunca se acababa de creer del todo el papel que representaba, por importante que fuera. Lo ampuloso no acababa de cuajar en él, porque su inteligente ironía se convertía también en autoironía. Los que hemos convivido con él, por ejemplo aquí en la Universidad Carlos III durante estos largos y productivos años, tenemos buenas pruebas de ello. De la misma forma que creo que los que le han acompañado en el papel de personajes serviles, oportunistas y aduladores, nunca se dieron cuenta o no llegaron a comprender este rasgo de su carácter.

Mi aportación, aquí y ahora, se va a delimitar a comentar un aspecto de la biografía de Gregorio Peces-Barba que sobrevuela los cargos más representativos que ostentó, piénsese en Ponente Constitucional, Presidente del Congreso de los Diputados o Rector fundador de la Universidad Carlos III de Madrid. Por todos ellos, y a la par de haber sido objeto de Grandes Cruces y Premios, no sólo es merecedor, sino que ya forma parte de un lugar en la historia de la España contemporánea.

Las referencias aparecidas con motivo de su fallecimiento y las que le han seguido en recuerdos y homenajes suelen hacer hincapié en esas funciones públicas desempeñadas y, por tanto, me dan motivo para obviarlas e iré directamente al punto que me interesa: la relación entre el intelectual y el político.

Quizá para los puristas esa relación, en términos de adhesión, es imposible. O se es intelectual o se es político. No caben términos medios. Pero quien mantenga esta postura se dará pronto cuenta de que la realidad vivida por gran número de intelectuales, y, por ejemplo, en nuestro país desde hace siglos, es muy diferente a esa supuesta y deseada desconexión. El intelectual no es sólo un teórico sólido, un profesional excelente o un académico ejemplar. Desde la acuñación de esta palabra, parece ser con el "yo acuso" de E. Zola, a esas cualidades se le exige un especial compromiso con los problemas sociales y políticos. La búsqueda de la verdad frente a la visión partidista y sectaria. La independencia y libertad de juicio que da la espalda a lo popular, demagógico o interesado. Esta ejemplaridad de vida reviste al intelectual de una autoridad moral que busca la influencia, la persuasión, no la dominación. El intelectual piensa sobre lo que le rodea, crea teorías que nos ayudan a comprender el mundo, pero con el objetivo de actuar en él, de mejorar las

condiciones de vida de la gente. Establecido esto, se me antoja añadir que Gregorio Peces-Barba, visto como intelectual y político al mismo tiempo, y éste quizá sea su mejor y más fiel retrato, no encaja bien en los modelos de intelectual que han preponderado entre nosotros, y que voy a reducir a dos: el del intelectual comprometido, pero al margen de la actividad política concreta, y el intelectual militante u orgánico. El primero estaría representado por mi también maestro y de quien tuve el placer de ser ayudante cuando, el segundo Gobierno de la Monarquía democrática, le repuso en su Cátedra de Ética y Sociología: José Luis López Aranguren. Para Aranguren el intelectual oficia de moralista en la sociedad actual, ayuda a constituir su conciencia moral, denuncia las injusticias y de ahí que resulte incómodo al poder. Se compromete, pero no toma partido. Como mucho puede ser un “compañero de viaje” de aquellos que sí han tomado partido y que coinciden en esa lucha, que en su caso, es fundamentalmente moral, más que política. El intelectual, en definitiva, es “solidariamente solitario” y “solitariamente solidario”².

Cabría pensar, como objeción a este modelo de intelectual, que este compromiso propuesto para el intelectual funciona bien en sociedades estables, pero que en momentos excepcionales o de crisis de valores, sociales o políticos (y podríamos interrogarnos acerca de si estamos pasando en la actualidad algún tipo de esas crisis) esa responsabilidad puede estar condenada a la inacción o a quedarse muy corta a la hora de establecer propuestas factibles.

El segundo modelo, el del intelectual militante, representa la opción literalmente contraria. El intelectual denuncia la injusticia, se compromete responsablemente con el cambio de la sociedad, se solidariza con la lucha por el progreso social, pero no lo hace en solitario, sino en el marco de aquel partido que representa y vitaliza sus ideales morales, convertidos ya en propuestas políticas. Este modelo, como es fácil de ver, es deudor de la figura del intelectual orgánico desarrollada por Antonio Gramsci y tengo la impresión de que a la hora de poner un ejemplo de nuestro entorno podríamos pensar en Manuel Sacristán³.

Este tipo también puede ser sometido a dos objeciones, no ideales sino auténticas. La primera se refiere a los peligros de autoritarismo derivados de considerar que la solidaridad debe encauzarse en el marco, y también en los límites, de un solo partido que recoge la esencia de la “verdadera” fuerza

² *Memorias y esperanzas españolas*, Editorial Taurus, Madrid, 1969, pp 115.

³ Ver J. R. CAPELLA, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Editorial Trotta, Madrid, 2005; J. R. CAPELLA, *Sin Itaca. Memorias 1940-1975*, Editorial Trotta, 2011.

del progreso: el Partido Comunista. Esta falta de pluralismo ha tenido unos efectos perversos. La segunda nos la ofrece el hecho, claramente comprobable, de que, con frecuencia, el intelectual militante, con carnet de Partido (el que sea) no logra defender bien su independencia y termina por acomodarse o subordinarse a los imperativos del Partido y éstos sustituyen a la propia conciencia moral. En definitiva: el militante ha devorado al intelectual. Para que pueda entenderse mejor mi argumentación: es suficiente tener en cuenta datos como el difícil encaje que tienen los intelectuales dentro de los partidos políticos, la tendencia de estos a manipularles y la desconfianza en general que suelen expresar los políticos en relación con los intelectuales, producto, muchas veces de un cierto complejo de inferioridad o de simples celos.

He señalado, y ahora deseo enfatizar, la idea de que un cuidadoso análisis de la biografía de Gregorio Peces-Barba nos lleva a la conclusión de que personas como él no pueden ser simplistamente incluidas en esos modelos y precisan un tipo de mecanismos de apreciación nuevos.

Cuando en enero y mayo de 2008 tuve la posibilidad de intervenir oficialmente con motivo de la Lección Jubilar de Gregorio Peces-Barba y de la Entrega de la Medalla de Honor de la Universidad, respectivamente, quise resumir su faceta de universitario con la expresión: “un intelectual con vocación política”⁴. Ahora voy a insistir en esos dos aspectos y en cómo pienso que nuestro Gregorio intentó, y creo que supo y lo logró suficientemente, compaginar esas dos facetas de su vida. Dada la naturaleza de las exigencias del oficio del intelectual y los objetivos del político, debemos excluir la posibilidad de una síntesis armónica; la relación del lado intelectual con el lado político necesariamente va a ser dramática, puesto que conlleva una aguda y continua tensión. Las mejores soluciones que podemos conseguir implican un sacrificio, o alguna pérdida que afectan al oficio del intelectual o a la práctica política. Y creo que eso es lo que le ocurrió a Gregorio Peces-Barba.

Nuestro recordado Gregorio fue un profesor universitario que, en un momento de su vida, optó por la universidad, excluyendo otras posibilidades como la abogacía o la política, mucho más lucrativas. Y pienso que muchos de los momentos más felices de una vida tan plural, rica, alegre, generosa e interesante tuvieron lugar en la universidad, sobre todo a partir del momento en que pudo realizar el sueño de crear la hoy Universidad Carlos III. Desde el primer momento abrigó la idea de erigir una Universidad pú-

⁴ *Autonomía Universitaria y libertad académica IV*, Universidad Carlos III, B.O.E., Madrid, 2010, pp. 43 y ss, y 87 y ss.

blica, de prestigio, laica, plural, divertida, vehículo de la igualdad de oportunidades, cordial y humanista. Para su puesta en práctica fue contando con un plantel de colaboradores excepcional y con dedicación plena, entre ellos el actual Rector, profesor Daniel Peña. Y también han tenido su parte de protagonismo los profesores, el personal de administración y servicios y las distintas generaciones de alumnos.

Aunque no todo catedrático universitario, por serlo, se convierte en candidato a intelectual, él sí lo fué. Ha sido un hombre de ideas, autor de teorías, magnífico divulgador, director de numerosas tesis doctorales, escritor de textos académicos, continuo impulsor de empresas de estudio⁵ y debate, infatigable, y a veces un poco desordenado, lector y creador de una escuela sólida, bien preparada, un tanto dispersa por varias universidades e ideológica y metodológicamente plural. Además gozaba de una intuición rápida y una sensibilidad especial para reconocer las cuestiones teóricas relevantes. Y tenía muy clara la importancia del compromiso social.

Sin embargo, para los que lo hemos conocido, no nos queda otro remedio que añadir que no estamos *describiendo al intelectual prototípico*. No podemos hacerlo porque aquí entra en juego otra pasión, otra faceta de su personalidad: la vocación política. Es imposible pensar en Gregorio Peces-Barba sin relacionarlo con el poder, no sólo con el poder político, también con el ideológico y el académico. Y no sólo con el PSOE, su partido, en el poder, también en la oposición: y también en el momento, y a partir del momento, en que dejó la política de primera fila. Javier de Lucas nos lo ha recordado en una nota necrológica publicada en El País (26 de julio 2012) con el título “El poder del Derecho”, donde escribe: “ejerció el poder, y un poder muy considerable porque sabía ser influyente”. Y estar metido en la vorágine del poder tiene el riesgo que M. Weber señalaba en el “El político y el científico”: “quien hace política pacta con los poderes diabólicos que acechan en torno de todo poder”. Este dato, el de estar sumergido en el poder, distingue a Gregorio Peces-Barba de los que él consideraba sus maestros universitarios: el primero, el más parecido a él, Joaquín Ruíz Jiménez, el segundo el de Elías Díaz, el tercero, el de Norberto Bobbio (como se puede comprobar entre los

⁵ La historia de los derechos fundamentales, con nueve volúmenes publicados y otros ocho por aparecer, los Institutos de Derechos Humanos de la Complutense e Instituto Bartolomé de las Casas de la Carlos III, la Revista de Derechos y Libertades, la Cátedra de Ética de la Empresa y las profesiones, la Fundación Gregorio Peces-Barba para el estudio y cooperación en derechos humanos, serían algunos ejemplos.

intelectuales que han explicitado un compromiso político, también hay que tener en cuenta la variedad y las diferencias entre ellos).

A todo lo anterior habría que añadir que el carácter de intelectual singular de Gregorio Peces-Barba condicionó que su vocación política, aunque desarrollada en el ámbito del Partido Socialista Obrero Español, no siguiera la vía del intelectual militante ni del político al uso. En momentos cruciales para la política española no le importó ir por libre ni mantener su independencia de criterio. El populismo, las ocurrencias interesadas, las soluciones fáciles y demagógicas y esa gran farsa en que consiste lo políticamente correcto, no iban con él.

Sus convicciones éticas siempre fueron profundas y sus planteamientos políticos nunca olvidaron la responsabilidad. Fue un político de convicciones responsables.

Y ya para terminar. Me gustaría que esta aportación mía sirviera para que junto al recuerdo a Gregorio Peces-Barba, su legado, en este asunto, se entendiera incluido en cuatro puntos:

Como una defensa y reivindicación de la política, como una actividad noble y civilizadora que integra unos componentes educativos muy importantes⁶.

Como el rechazo de la política actual, sometida a los intereses de los gestores de una globalización económica desbocada y que consideran que no deben dar cuenta a ninguna instancia política o jurídica⁷.

La evaluación positiva del papel fundamental e insustituible de los intelectuales con vocación política en una sociedad democrática, frente al gobierno de técnicos y asesores, a los que se debe recurrir como conocedores de los problemas y de sus soluciones, pero nunca sustituyendo al debate político.

A los que hoy, por ignorancia de la historia de España, por afán de protagonismo ya que han perdido la agenda de las cuestiones políticas auténticas y los símbolos y referentes políticos que antaño les daban vitalidad y recono-

⁶ Puede leerle el libro de Bernard Crick, *Defensa de la política*, Editorial Tusquets, Barcelona, 2001.

⁷ Herman Heller ya advirtió, en su famoso trabajo “¿Estado de Derecho o dictadura?”, en 1929, sobre “el frenesí anárquico de esta producción capitalista que padecemos, que ni a los trabajadores manuales ni a los intelectuales deja el ocio y la oportunidad de reclamar una actividad cultural creadora”. Al mismo tiempo que abogaba por “la sumisión de la economía a las leyes bajo el Estado de Derecho”. En: *Escritos políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pp. 301.

cimiento social o por esa motivación tan degradante que es el resentimiento, ponen en duda la legitimidad y los logros de la transición política, conviene recordarles que ésta contó con políticos de primera fila con una calidad humana y democrática, con una formación intelectual y un sentido del bien común que hoy nos crea sentimientos de nostalgia. La transición política hacia la democracia, la que tuvo realmente lugar y cuyas grandezas y miserias pueden seguirse en las hemerotecas y en la memoria de los que vivieron esos acontecimientos, no debe ser sacralizada, porque de ella cuelgan promesas incumplidas y errores, como, por ejemplo, el incomprensible olvido de los desaparecidos del bando de los vencidos, para los que no había habido ni paz, ni piedad ni perdón (pretensiones que al final de la guerra civil había reclamado Manuel Azaña), pero, al mismo tiempo contó con unos logros y un resultado final ejemplar: la reconciliación entre los españoles y la posibilidad de vivir democráticamente. Que no es poco.